

Discurso de Albert Boadella en la concesión del Premio Sociedad Civil 2017

Empiezo diciéndoles que cuando me hacen a mí una presentación me aterrorizo. Llegado el trámite, trato de mostrar una apariencia interesada, incluso esbozo una ligera sonrisa, sin embargo prefiero no enterarme de lo que dicen. Siempre son elogios, claro, no van a ser agravios, pero el drama es que yo no soy aquel. Quizás el trauma me viene de hace ya bastantes años cuando el rector de una universidad, de cuyo nombre no quiero acordarme, hizo la presentación de mi conferencia durante 45 minutos y la conferencia duró 40. Desde entonces procuro no presentar a nadie y casi lo consigo. Pero esta vez no podía escabullirme.

Es una amiga. Una gran amiga. Alguien a quien admiro profundamente. Alguien con quien comparto muchas esperanzas y convicciones, cívicas, políticas o incluso estéticas.

Y comienzo así porque me causa cierta inquietud que Cayetana Álvarez de Toledo pueda sentir algo parecido a lo que me sucede a mí con las presentaciones. Ella podría aplicarme aquella máxima: “No le hagas a nadie lo que no quieras para tí”

Pero en fin, confío en su indulgencia y por eso voy a intentar trazar unas pinceladas tan afinadas como sea capaz buscando algunos rasgos cercanos a su persona. Para lo cual, no tengo más remedio que referirme a hechos reales. Simples detalles que he observado en ella, y que en mi opinión, revelan aspectos muy significativos.

No teman que no durará 45 minutos.

Empecemos por lo más importante. Cayetana no me ha llamado nunca por teléfono cuando estoy en el baño, comiendo, durmiendo o realizando acrobacias amatorias. Lo ha hecho siempre en el momento preciso. En aquel momento justo en que sentía incluso una cierta necesidad de hablar con ella. Cuando pensaba “Esto lo podríamos hablar con Cayetana” y ¡Zas! Suena el teléfono. Estamos pues ante una personalidad enormemente armónica. Lo cual entre la frenética disonancia de las formas actuales de relación, es una característica insólita. La armonía que ella posee es una de las condiciones esenciales para facilitar el buen vivir del prójimo y no amargar la vida a nadie del entorno. Nadie que no sea merecedor de sadismo. Claro.

Porque seguro que todos ustedes habrán reparado que cuando están en los momentos más complicados del día o simplemente en las labores más íntimas, siempre suena el teléfono. Y casi siempre es la misma persona. Un inarmónico que no acierta en sus acciones porque en el fondo vive concentrado obsesivamente sobre sí mismo. Cayetana es todo lo contrario. Su armonía gravita sobre la concentración en los demás. En el sentido más amplio del término. Me refiero a la concentración sobre un entorno social muy extenso.

Una armonía que a lo largo de su vida se refleja, no solo en las decisiones personales, sino en la forma y en el momento preciso que las lleva a término. Y no es cosa fácil de mantener porque estamos ante una personalidad pasional a la que seguro que su mente le dice ¡Tengo que llamar! ¡Tengo que llamar! ¡Tengo que llamar! Pero la armonía es la puntería del alma. Se ejecuta a través de la contención de los ímpetus. Una cualidad esta, que permite situarse en la estricta realidad del entorno. Cercano siempre a la objetividad de los hechos y sus excelentes artículos son buena prueba de ello.

Este sentido armónico, Cayetana lo refleja también físicamente. Como suele suceder, pasados unos cuantos años de vida casi todos tenemos el rostro y el cuerpo que nos merecemos. Puedo arriesgar esta afirmación porque creo estar aquí entre liberales ¿No? Y como tampoco albergo ningún complejo resultante del acoso feminista declaro que Cayetana es una mujer francamente bella. No es un requiebro. Es una constatación científica. Y entrando solo por un instante en el terreno de mi oficio les puedo afirmar que saldría ganadora del casting más exigente en el que buscaran una expresión profunda de armonía y serenidad. Por lo tanto, nos encontramos en una conexión perfecta entre el núcleo y lo visible. Estas cosas no suceden por azar. Ni tan siquiera por genética. La belleza en el sentido más amplio del término se posee generalmente en la infancia y muy a menudo se distorsiona con el crecimiento. Hay algunos que la recuperan y otros que se quedan en la zona atonal del cuerpo y de la mente. La atonalidad siempre es algo desapacible. Disonante. Nos impone una aclimatación.

Por eso no me gusta Wagner, claro. En cambio Cayetana es como Verdi. Su profunda complejidad no exige aclimatación alguna. Podría intentar especular los pasos que ha realizado en su vida para llegar a este resultad pero entren ustedes en la Wikipedia y aunque rebajen a la mitad las habituales falsedades de la página, constaran un currículum coherente con lo que les digo y sobretodo un currículum que además de singular es espectacular. Tan espectacular que es uno de estos currículos que no se puede utilizar nunca para buscar un empleo porque el supuesto patrón no se arriesga a que en poco tiempo le birlen el cargo supremo.

Ello me hace pensar que esta irradiación brillante y sensible de Cayetana le ha significado a menudo una obstrucción decisiva para el acceso a las más altas responsabilidades políticas. Ya conocemos el tributo de uniformidad que uno debe pagar en este gremio.

Pero remitiéndome de nuevo a los detalles, hay uno en su historial que marca profundamente la personalidad de esta mujer. Padre francés, madre argentina, cultura anglo-franco-argentina, ya que transcurre una parte de su vida y estudios en el Reino Unido, y en cambio, hay un momento en el que decide hacerse española. Este gesto es crucial para acercarse al temple profundo de Cayetana Álvarez de Toledo.

Tener la nacionalidad argentina, pues bueno, es más o menos equiparable a ser español, unos con más cante y otros con más cuento, pero para una mujer culta y sensible, amante de las artes y con un arraigado sentido de ciudadanía según los principios de la ilustración, renunciar a ser exclusivamente francesa, renunciar a estar en la “Creme de la creme del mundo” para internarse en la parranda del sur de Europa...

Bueno, eso es definitivo.

Una vez más encontramos en su vida el gesto armónico, y por lo tanto, insólito. Porque ¡Cuidado! Que armonía no quiere decir frecuencia reiterativa.

En el momento en que la gente se nacionaliza española por el tema material del asunto y no tener problemas, ella lo hace por todo lo contrario. Para buscarse problemas. Lo hace para dar y no para recibir. Lo hace por ese rasgo de altruismo aristocrático y un tanto quijotesco que la caracteriza. Piensa que la España moderna y democrática es una nación menospreciada. Una nación sobre la que gravitan aún los resquicios de una leyenda negra fomentada muchas veces por los propios españoles.

Ya ven como ahora tenemos un capullo nacionalista entre los flamencos, dedicado a reavivar la leyenda montada hace unos siglos por otro capullo resentido llamado Guillermo de Orange.

Y aquí, pues ya lo saben, contamos con una izquierda cainita empeñada en resucitar en su beneficio el fantasma de una España intolerante y goyesca. Y una derecha asumiendo mansamente, estúpidamente, tales complejos. A Cayetana le conmueve la España contemporánea de la libertad la España constitucional, el nacional-caos tan estimulante. Le conmueve en la misma proporción que le indignan los aborígenes que pretenden menospreciarla o lo que es peor: destruirla, como es el caso de los nacionalismos.

Entonces decide lanzarse al ruedo.

Lo hace detectando certeramente el núcleo del mayor problema que sufre España después de la dictadura. Aunque lo hace cuando ninguno de los políticos ni instituciones del Estado, ni tan solo los medios, reconocían la bomba de relojería instalada en Cataluña. Se exaspera ante la pasividad que muestran sus colegas de partido y en especial el propio Presidente del Gobierno. Y de nuevo con esa precisión armónica que la caracteriza, realiza el gesto adecuado.

Crea Libres e Iguales. Hace lo que no ha hecho nadie en España en los últimos tiempos. Nos agrupa a todo un conjunto de especímenes de lo más variopinto en nuestras vidas y opiniones, para crear un foco de defensa constitucional ante lo que nos viene encima.

La única acción política realmente transversal. La única de la sociedad civil después de la transición. Una actuación valiente y premonitoria, que de paso sirve para verificar como se escaquean los que uno pensaba que se encontraban en la misma tesitura ética y moral. Libres e Iguales es una de estas iniciativas cívicas, altruistas y ¿Por qué no? Patrióticas, que retratan tanto a los que están en ella como a los que no están y deberían estar.

Algunos amigos llamamos a Cayetana la “Marianne” recordando el simbólico personaje de la Republica francesa. No es tanto por lo republicano porque ella no repudia su origen nobiliario sino porque esa mujer posee el talante de una líder realmente singular. Mediante su armónica andadura, nunca una imposición, una distorsión, una brusquedad. Actúa en cadencia mozartiana. Nos ha conducido siempre como si las iniciativas fueran surgidas de uno mismo. Una forma de acción en las antípodas de los líderes políticos que sufren, casi todos, prominentes patologías exhibicionistas.

Unos dedicados a la exterminación obsesiva de cualquier competencia entre sus colaboradores, otros enajenados con los índices de audiencia que son los marcan su camino, otros obstinados en hacer competencia desleal a nuestro gremio, ellas siguiendo con esmero los consejos del asesor de imagen y convirtiendo la función pública en una pasarela de modelos, y como excepción que confirma la regla, un marciano en la cúpula jugando al Don Tancredo en medio de una plaza llena de toros. Por cierto, que a este último, Cayetana le dedicó una espléndida carta pública de despedida parlamentaria, con unas razones que nadie de su entorno se ha atrevido a esgrimir hasta la fecha, porque como saben, en política, la adulación es la única pericia requerida para vivir entre el calor incestuoso del cabecilla.

Bajo este panorama podría parecer que no es el lugar adecuado para la Cayetana que les describo. Pero no se equivoquen. Ese compás en *andante moderato* que mueve su vida, esconde un coraje sorprendente. Piensen que la elegante armonía de su proceder puede emplearse también como una argucia para confiar al adversario. Una aparente muestra de fragilidad que despista al atacante.

Porque la Cayetana que hace escasamente dos meses se encaraba a un tropel de simios nacionalistas en Sant Juliá de Ramis, donde tenía que votar el gallina Puigdemont, no era exactamente esta señora que está sentada aquí plácidamente. Se trataba de la periodista valiente y comprometida ejerciendo su trabajo con irreductible dignidad. Aceptando el riesgo, porque en este caso, era considerable. Conozco esa clase de ganado y cuando alguien se interpone en el camino de la caterva, se acaban las sonrisas del procés. La xenofobia, que es el signo

encubierto del catalanismo, se hace praxis en movimiento.

Yo no sé, si quien se enfrentaba bravamente a los primates era más la Cayetana indomable de la ética, que la periodista belicosa. No sé si era más la política incorruptible y templada, que la marquesa de Casa Fuerte (Por cierto que título tan adecuado a la persona... es como el de Rufián para un rufián) En cualquier caso, en Sant Juliá de Ramis estaba una ciudadana que entendía la libertad, no como una abstracción, ni una filosofía o una idea, ni tan siquiera como algo heroico, sino como un impulso de nuestra conciencia que nos lleva a pronunciar en ciertos momentos decisivos solo dos monosílabos, sí o no.

Y ella lleva mucho tiempo expresando públicamente No a la desigualdad entre españoles. No a la mentira populista. No a un Estado que deja de proteger a una parte de sus ciudadanos.

Las personas armónicas tienen esas cosas... La armonía poderosa no es el tam-tam reiterativo que practican tantos millones de personas. No es lo que musicalmente se llama el continuo. Ni mucho menos el Marianismo ¡Claro! Es el *subidón* de la sangre en el momento preciso y casi siempre imprevisible. Es la sorprendente partitura de los más capaces. Es la melodía sutil y cultivada bajo la que se mueve la vida de esta mujer.

Quizás yo les descubro impudicamente algunos entresijos de una estructura muy bien bordada y eso no sería muy prudente de cara a los supuestos adversarios. Es como indicarles el camino del laberinto. Y Cayetana tiene su laberinto pero me atrevo a esa indiscreción, ya que estamos aquí entre liberales, o eso creo yo, y por lo tanto no les veo como posibles adversarios de Cayetana. Todo lo contrario, pienso que son buenos amigos, algunos de los cuales le han concedido este premio que parece hecho a su medida.

No conozco el grado de adhesión que tiene ella con el liberalismo pero estoy seguro que comparte aquella máxima que expresé aquí mismo hace unos años cuando me otorgaron este premio "Si la naturaleza hubiera sido socialdemócrata ya no existiríamos como especie" Quizás es una frase que se la he birlado a Cayetana porque tiene que ver con la dinámica de su vida.

Ella actúa la primera sin esperar ninguna administración política para resolver los problemas. Siempre por delante. Y eso es practicar la libertad sin red. Una libertad con riesgo. Precisamente la substancia liberal de este premio, porque para ser liberal, se puede ser de maneras muy distintas pero lo primero que hay que asumir es el riesgo.

Y ya para terminar permítanme que me atreva a darles un consejo de gato viejo en el retrato ajeno.

Busquen siempre gente armónica en su entorno. La vida se convertirá en una agradable cadencia. Podrán estar tranquilos en el baño. Comer

plácidamente sin interrupciones y practicar sus pinitos amatorios como aquel que baila El Lago de los cisnes.

La armonía de las personas produce la felicidad barata. Por eso soy amigo de Cayetana.

Solo es cuestión de dominar como ella el sentido del tiempo. Así de fácil.